libritos ó devocionarios que rezaba, los pedia siempre prestados. Cuando la regalaban algo de afuera, lo ponia en manos de la prelada, para que lo repartiera á su arbitrio; como sucedió, entre otras cosas, con unos rosarios y ceras que llaman *Agnus Dei*, que no quiso nunca repartirlos por sí, dejando esta accion á la superiora, sin tomar ella la mas leve cosa. Aun para dar ó recibir una estampa de papel, pedia licencia.

Buscaba siempre para su uso lo mas tosco y grosero, así en el vestido, como en la comida; no consintiendo la diesen ni aun el pan necesario para su sustento; contentándose con los fracmentos y migajas que sobraban á las demás religiosas. No tenia ni un búcaro ó jarro en que tomar agua, y la poca que bebia, era en una escudilla sucia que servia á otra de escupidera; en lo que ejercitaba al mismo tiempo una insigne mortificacion. Habiéndole quebrado este instrumento de mortificacion y penitencia, y escondiéndole otros semejantes, no por eso dejó de ejercitar la pobreza, bebiendo el agua sobre la misma fuente ó pila, sin usar de vasija para tomarla. Jamás pidió cosa alguna para su alivio; ni buscó nada para sí. La habian dado una celda, y la dejó luego, dando por disculpa que la hacia daño. Su celda era el coro; y para tomar de noche su escaso reposo, el dormitorio de comunidad, donde tenia por cama una tarima muy angosta, y una estéra ó *petate*, que la hi-

zo admitir la obediencia. Así murió en esta incomodidad, y en el dormitorio comun.

El desapego de su corazon á todos los bienes, riquezas y comodidades del mundo, no puede facilmente declararse. Jamás sintió haberlo dejado todo, por seguir á su Esposo: olvidó para siempre aquellas viandas groseras del Egipto de que habia salido; empleándose solamente en cantar himnos de alabanza y de bendiciones á su libertador, por haberla sacado de tan duro cautiverio: y si para llegar á la tierra prometida, con cuya esperanza se gozaba, le era preciso caminar por el desierto, donde no veía fruto alguno que sirviese á su comodidad y delicia; se acordaba tambien que ya no estaba sujeta á la tiranía insoportable de Faraon.

CAPITULO XVI.

De su pronta obediencia.

Es sin duda un gran sacrificio el que hace la alma religiosa de su voluntad, por el voto de la obediencia. Parece muy duro á la naturaleza, no poder disponer ni de su tiempo, ni de su trabajo, ni de la persona, y no poder decir ni una sola vez, yo haré esto, porque así es mi gusto y mi voluntad; pero cuando se eleva el alma sobre las preocupaciones de la naturaleza, conoce claramente que no hay

consuelo como decirse á sí misma: Mientras yo hago menos mi voluntad, hago mas la de Dios.

El amor que Jesucristo tuvo á esta divina virtud, y el aprecio y estimacion que hizo de ella, son grandes y poderosos motivos que llenan de alegria y consuelo á quien la practíca. Por hacer la voluntad de su Padre, bajó del cielo á la tierra. En toda la carrera de su vida, hizo de la obediencia su mas sólido sustento; y no quiso dejarla hasta la muerte; queriendo antes perder la vida que la obediencia. Ella es el camino de la salvacion, el modo de vivir en paz en esta vida, y de estár siempre contento y victorioso. San Bernardo nos declara brevemente las cualidades que debe tener la obediencia religiosa, para ser meritoria y agradable á Dios. Por ella nos será fácil juzgar, cual sería la de *Sor María Josefa.*

Es necesario, dice el Santo, obedecer de buena gana, haciendo un sacrificio á Dios de su propia voluntad, por seguir solamente la del superior, obedeciendo á este sin pena, sin rábia, sin altercar ni murmurar, de manera que no se muestre repugnancia alguna en hacer cuanto manda. Las quejas, las murmuraciones, las oposiciones contra aquellos que tienen derecho de mandar, son una falta contra el mismo Dios; como Arón y Moyses, dijeron á los judios, cuando este pueblo rebelde é indócil murmuraba de ellos. No somos ya nosotros, digeron, los que despreciais con vuestras murmuraciones; es el mismo Señor á quien con ellas ofendeis.

Es necesario obedecer á los superiores con sencilléz; sin hacer diferencia alguna de talentos, de condiciones, de personas; sin inquietarse por saber la razon ó el fin por qué mandan esto ó aquello. No le agrada á Dios, dice un Padre, la tarda y disputadora obediencia, la cual, cuando se manda algo, inquiere, por qué, como y con qué fin, y por qué motivo se manda. El mérito de la obediencia consiste, en cerrar los ojos á las dificultades, evitándo todas las miras del espíritu humano, que quiere siempre considerar y ecsaminarlo todo. Si todo lo que se manda fuese siempre agradable ó racional, la obediencia sería una obra del amor propio, que se inclina á todo lo que le agrada, ó del espíritu humano que está obligado á rendirse por último á la razon; pero no sería el ejercicio de una virtud cristiana, que consiste en el sacrificio, por el cual se sujeta el espíritu, y se hace esclava la razon; obedeciendo por amor de Dios, aun cuando la cosa mandada parezca dura y sin razon; ó las personas que mandan tuviesen poquísimo mérito y virtud. La cruz de Jesucristo no era ni dulce, ni justa; y, con todo, la abrazó únicamente por cumplir la voluntad de su Padre, y se sujetó á ella con una humildad, que es nuestra instruccion y nuestra regla.

Es necesario, por último, obedecer con prontitud luego que se manda la cosa, y aun

prevenir, si es posible, los mandatos del superior; obedecer con una fidelidad continua en todos tiempos, en la edad mas avanzada, igualmente que en la juventud. Solo en un caso no se debe obedecer á los superiores, y es, cuando mandan algo contrario á los intereses y al servicio de Dios; porque, como respondió San Pedro y los apóstoles, al sumo sacerdote y al concilio de los judios: *Conviene obedecer á Dios, antes que á los hombres.*

Practicó *Sor María Josefa* la obediencia, ajustándose en todo á las reglas que dejámos dichas. Desde novicia; aun sin haber profesado esta divina virtud, puso un particular cuidado en su puntual y ecsacta observancia. No tomaba agua aunque la fatigase la sed, si no pedia antes licencia á su maestra. Ya profesa sujetó de modo su voluntad á la de sus preladas, que ni aun en las cosas mas menudas y pequeñas obraba por propia eleccion, sino por el dictámen de sus superioras. No solo las obedecia cuando espresamente la mandaban algo; sino que procuraba adivinar lo que querian mandarla, para ejecutarlo con la mayor prontitud. Aun las leves insinuaciones de las preladas eran para *Sor María Josefa*, rigorosos preceptos. No desmayaba en su obediencia por ningun acontecimiento; ni manifestaba sus enfermedades para escusarse de la obediencia. Hallándose un dia fuertemente molestada de un grave dolor, ignorando esto la superiora, díjola que fuese á suplir al torno: obedeció

con prontitud; pero á poco rato fué necesario sacarla de la oficina, porque estaba fuera de sí, por la vehemencia del dolor; lo que la sucedió en diferentes ocasiones.

Como la devocion á María Santísima de Loreto, es hereditaria en la casa de *Sor María Josefa*, tenia ésta una imágen de la Santísima Señora, que era todo su consuelo en las aflicciones de su espíritu. Recurria frecuentemente á su soberano y poderoso Patrocinio, y la miraba como á verdadera Madre, proponiéndosela por modelo de todas las virtudes. La prelada que conocia tambien esto, la dijo un dia: Quiero llevarme esta imágen al coro. La respuesta de nuestra religiosa, fué tomar prontamente la imágen, y encaminarse con ella hácia el coro: mas viendo la superiora su pronta obediencia, la dijo que volviese á ponerla en su lugar. En su última enfermedad, solo con decirla que la prelada mandaba que tomara esto ó aquello, como si oyese la voz de su divino Esposo, hacia mil esfuerzos para incorporarse en la cama, y apuraba todo el vaso hasta no dejar gota, aunque fuesen las medicinas mas insípidas y desagradables.

Siendo maestra de novicias, daba frecuentemente lecciones sobre esta virtud á las veinte hijas que estuvieron encomendadas á su cuidado. Deciales, entre otras cosas: *Que el obedecer era propia conveniencia; pues echaban en hombros agenos las cargas que quizás no pudieran soportar los suyos.*

Estando una vez en recreacion con la comunidad, la prelada que conocia muy bien cuanta era su modestia y la vergüenza de su génio, la mandó que bailase allí delante de todas. Apenas oido el precepto, lo puso en ejecucion la obediente súbdita; dejando á todas edificadas con su rendimiento y sumision. En suma, jamás se vió que repugnase mandato alguno de sus superiores, aun las mas ligeras insinuaciones. Estaban profundamente grabadas en su corazon aquellas palabras del escelente libro de la imitacion de Cristo: *Quien procura substraerse de la obediencia, él mismo se quita la gracia.* Pero, ¡qué mucho obedeciese á sus superiores con tanta prontitud y gusto, quien con el mismo obedeció siempre á cualquiera religiosa ó donada que le decia: *Le mando esto!*

CAPITULO XVII.

De su virginal pureza.

NADA hay en este mundo, segun el testimonio del Espíritu Santo, que iguale al precio de la bella virtud de la virginidad. Entre los elogios que la han dado los Santos Padres, dice San Juan Climaco, algunos la han llamado, una participacion de la naturaleza angélica, una habitacion digna de Jesucristo, el escudo del corazon, un cielo terrestre, y la calma de todas las pasiones. ¿Qué cosa mas bella que la castidad, esclama San Bernardo, la que hace puro á quien fué concebido en la impureza; de un enemigo hace un doméstico; y de un hombre hace un ángel.

San Cipriano llama á las vírgenes „la mas „bella flor del jardin de la Iglesia, la honra de „la religion cristiana, el ornamento de la gra„cia, el escuadrón mas generoso entre los sol„dados del Salvador, una fiel imitacion de la „pureza de los ángeles, la mas viva imágen de „la santidad del mismo Dios, la mas ilustre „porcion de la grey de Jesucristo, y la ale„gria, gloria y honor de la Iglesia. Esta santa „madre se regocija en dar á su Esposo tan „bellas y tan nobles hijas. En ellas y por ellas, „comparece su fecundidad en todo su brillo y „con todo su mérito: ó, por mejor decir, ella „admira perpetuamente la gracia que hace su „Esposo, formándo en su seno aquel gran nú„mero de vírgenes que la hacen tan hermosa „y tan pura á sus ojos; puesto que, añade San „Fulgencio, un don tan raro y tan precioso, no „puede venir sino de aquel divino Salvador, „que al mismo tiempo es Hijo único de una „Vírgen, único Esposo de todas las vírgenes „cristianas, único fruto de la santa virginidad, „el don del cielo, y la gloria de la tierra, que „una Santa Vírgen ha parido segun la carne, „con quien se desposan las santas vírgenes se„gun el espíritu, y por quien la santa virgini„dad recibe la gracia que la hace inviolable,